

LAS BIOGRAFÍAS DE JUAN BOSCH: LA CONSTRUCCIÓN DE UNA *GENEALOGÍA*

A Eugenio García Cuevas,
parte de mi propia "genealogía"

Los "inicios" de Bosch

Siguiendo las propuestas que realiza Edward Said en su libro *Beginnings*, el crítico e historiador de la cultura Arcadio Díaz Quiñones sugiere que, en su búsqueda de "un *comienzo* para la nación", los intelectuales pueden "descubrir" sus modelos en otros autores, "descubrimientos" que emplean para validar sus posiciones éticas y estéticas, al igual que los contenidos factuales de sus argumentos o sus sostenes epistemológicos.¹ Así encuentran sus "inicios" y se construyen sus respectivas "genealogías", orientadas a validar su saber, a ganarse un espacio entre el conjunto de voces que ocupan y que compiten por el capital cultural. Mas el "descubrimiento" de antecedentes no constituye un acto casual ni inocente. Al contrario, el "descubrimiento" ocurre porque se están buscando sostenes estéticos, políticos e ideológicos que sirvan de pilares a un proyecto determinado. Como arguye Díaz Quiñones, el "descubrimiento" es a la vez una construcción, un acto de voluntad mediante el cual el letrado busca insertarse en una tradición, con la cual puede sostener un debate crítico, pero a la que también pretende dar continuidad. O, como dice Said, "cuando la búsqueda de un comienzo se lleva a cabo dentro de un marco moral e imaginativo, el comienzo entraña el fin o más bien: lo implica".²

Estos planteamientos pueden resultar fructíferos al estudiar la obra de Juan Bosch, en especial al rastrearlos en sus textos de tipo biográfico. Como es sabido, aparte de su obra como escritor de ficción, de obras de interpretación histórica y de una enorme producción ensayística de corte político, Bosch también es autor de un conjunto de obras de aliento biográfico cuyos títulos más destacados son: *Hostos, el sembrador* (1939), *Judas Iscariote, el calumniado* (1955), *David: Biografía de un rey* (1963), y *Bolívar y la guerra social* (1966).³

¹ Arcadio Díaz Quiñones, "El enemigo íntimo: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira", *Op. cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, 7 (1992), pp. 9-65.

² Edward Said, *Beginnings: Intention and Method*, New York, Columbia University Press, 1985, p. 41, citado en: Díaz Quiñones, "El enemigo íntimo", p. 15.

³ He usado las siguientes ediciones de estas obras: *Hostos, el sembrador*, 5a ed., Santo Domingo, Alfa & Omega, 1989; *Judas Iscariote, el calumniado*, 10a ed., Santo Domingo, Alfa & Omega, 1994; *David: Biografía de un rey*, 9a ed., Santo Domingo, Alfa & Omega, 1990; y *Bolívar y la guerra social*,

A excepción de la obra sobre Eugenio María de Hostos, pensador que ejerció una gran influencia sobre Bosch, la que ha sido reconocida por él mismo, y que, por lo tanto, ha recibido alguna atención, aparentemente el resto de esas obras han sido poco estudiadas hasta el momento. No obstante, ellas ofrecen claves interesantes para comprender la carrera intelectual y política de Bosch. O, para decirlo en los términos de Said, nos pueden ayudar a comprender los “inicios” que Bosch fue “descubriendo” a lo largo de su carrera, que fueron, asimismo, los que se fue construyendo.

Al respecto, en una obra anterior ya había sugerido la posibilidad de estudiar las obras biográficas escritas por Bosch como “documentos históricos” ya que “representan diversas coyunturas en [su] azarosa vida política”. Entonces propuse la siguiente hipótesis sobre las obras biográficas escritas por el escritor dominicano: “para él, sus biografiados son reflejo de sí mismo: Bosch es Hostos, el intelectual entregado a la ‘causa’; Judas, ‘el calumniado’ por las intrigas de los correligionarios; David, el gobernante de un país rural —interpretación que el mismo Bosch sugiere—; y Bolívar, enfrentado a la disyuntiva de una ‘guerra social’ de incierto desenlace”.⁴ Valga señalar que, *grosso modo*, la publicación de cada una de las obras mencionadas coincide con un momento concreto de la vida intelectual y política de Bosch. Las dos primeras pertenecen a lo que podemos denominar el ciclo del exilio: el *Hostos*, justo con su inicio, cuando su afán estribaba en definir un proyecto modernizador; su *Judas*, con la época en que Bosch ya es una figura importante del exilio anti-trujillista, y que, por lo tanto, se ve inmerso en sus polémicas, acusaciones, desengaños, recriminaciones, injurias y calumnias de todo tipo. Por su lado, *David* y *Bolívar* pertenecen al ciclo posterior al exilio, que, como coyuntura histórico-política, está enmarcada por la elección de Bosch como presidente de la República, el golpe de Estado, la Guerra Civil y la intervención norteamericana. Son los momentos en que, para Bosch, el poder deja de ser una mera quimera y se transforma en una realidad, y en la que la “guerra social” deja de ser una entelequia, una abstracción, y se convierte en una alternativa muy plausible.

En definitiva, las biografías escritas por Bosch —como posiblemente ocurre con la totalidad de las obras del género— constituyen medios retóricos para plantear cuestiones que trascienden la mera narración de la vida de sus biografiados. Una biografía es un medio “poético” para plasmar inquietudes sociales, culturales, filosóficas y, por supuesto, políticas. Como género, la

2a ed., Santo Domingo, Alfa & Omega, 1979. Sobre la obra de Bosch, recomiendo: Guillermo Piña Contreras, *Juan Bosch: Bibliografía (Precedida de una cronología)*, Santo Domingo, Alfa & Omega, 1991; y Eugenio García Cuevas, *Juan Bosch: Novela, historia y sociedad*, San Juan, Isla Negra, 1995.

⁴ Pedro L. San Miguel, “Para contar la nación: memoria, historia y narración en Juan Bosch”, en: *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, San Juan y Santo Domingo, Isla Negra y Librería La Trinitaria, 1997, p. 174, n. 94.

biografía posee un elemento eminentemente camaleónico: tras las peripecias del biografiado, sea éste héroe o villano, se camuflajan las inquietudes, las posiciones y las ideas del biógrafo. Este rasgo es propio tanto de las mejores obras biográficas (como las obras, ya clásicas, de Isaac Deutscher sobre Trotsky y Stalin)⁵ como de obras de escaso mérito, que usualmente no pasan de ser puras hagiografías. (Sobre éstas me ahorro los ejemplos por ser las más comunes.)

En tal sentido, al señalar que las obras biográficas de Bosch reflejan sus percepciones políticas y sociales en momentos determinados, casi estoy diciendo una verdad de Perogrullo. No obstante, tal aseveración conlleva plantearse cuáles eran las condiciones en las que se produjeron esos textos, a qué cuestiones políticas e ideológicas respondieron, y, lo que es más importante, cuáles fueron las posturas asumidas por él frente a esos dilemas.

Hostos, el intelectual paradigmático

“Comprendió que un destino no es mejor que otro, pero que todo hombre debe acatar el que lleva adentro.”

Borges, *El Aleph*

De los modelos intelectuales que marcaron los “inicios” de Bosch, ninguno ha sido tan reconocido como el del pensador y antillanista puertorriqueño Eugenio María de Hostos, cuya influencia sobre él, a juzgar por su propia apreciación, fue inmensa. En el prólogo de la reedición de *Hostos, el sembrador*, Bosch señala que su “encuentro” con el intelectual puertorriqueño, ocurrido en 1938 cuando el escritor dominicano se exilió en Puerto Rico, fue el “hecho más importante de mi vida hasta poco antes de cumplir 29 años”. Y añade: “[Con] la lectura de los originales de Eugenio María de Hostos...[conocí] qué fuerzas mueven, y cómo la mueven, el alma de un hombre consagrado al servicio de los demás”.⁶ En la genealogía particular que Bosch se fue construyendo, Hostos marcó su punto de arranque, su “inicio” fundamental; tan determinante fue, que Bosch lo equiparó con un segundo nacimiento.

Realizando una lectura antropológica, se puede decir que ese encuentro constituyó un rito de pasaje, es decir, una de esas experiencias que definen el cruce de una etapa de la vida a otra. Como el bautismo en la tradición cristiana, la circuncisión en la judía, o la caza del león en varias sociedades de África, para Bosch el conocimiento de los ideales y los principios morales de Hostos constituyó, en su propia opinión, un paso iniciático en su maduración como individuo político, como miembro consciente de una polis, que adquirió a partir

⁵ Isaac Deutscher, *Stalin: A Political Biography*, 2a ed., New York, Oxford University Press, 1968; y su trilogía sobre León Trotsky: *The Prophet Armed*, New York, Oxford University Press, 1954; *The Prophet Unarmed*, London-New York, Oxford University Press, 1959; y *The Prophet Outcast*, London-New York, Oxford University Press, 1963.

⁶ *Hostos*, p. 8.

de entonces un modelo que podía (y debía) imitar como un imperativo ético.

La misma forma en que Bosch reconstruye su encuentro con Hostos apela a una interpretación de tonalidades antropológicas que no deja de tener interesantes implicaciones. Al especificar que ese hecho ocurrió “antes de cumplir 29 años”, Bosch introduce un claro indicador genealógico que apunta, como toda construcción genealógica, al concepto del linaje y, por ende, a la herencia. Aunque hacía 35 años que Hostos había fallecido, señala Bosch, ello no fue impedimento para que él pudiera beber en las fuentes primigenias del saber del Maestro: sus textos originales. En la reconstrucción que realiza Bosch sobre su “encuentro”, los originales de Hostos funcionan como repositorios de un saber trascendental. Si Hostos fue el Maestro por excelencia, sus escritos son la Palabra arquetípica. Revestido el Maestro de un saber trascendente, el aprendizaje-herencia del discípulo implicaba una revelación (en el sentido místico) y la continuación de sus enseñanzas.

El texto escrito por Bosch —texto de rasgos ambiguos, por lo que puede ser visto como una biografía novelada, en la tradición de Stefan Zweig, o como una novela histórica al estilo de *El General en su laberinto* de Gabriel García Márquez— contiene varios elementos que apuntan hacia paralelismos entre el biografiado y el biógrafo. En la mismísima página inicial se describen una serie de rasgos personales de Hostos que recuerdan al biógrafo. Tenemos, en primer lugar, la descripción que hace de sus rasgos físicos, algunos de los cuales concuerdan con los del autor, tales como sus “ojos azules, un tanto grises”, al igual que “la frente alta y rosada”. Lo mismo ocurre con la edad que le atribuye Bosch a Hostos en ese primer pasaje del libro, cuando el Maestro “tiene poco más de treinta años”, edad que coincide más o menos con la que tenía Bosch al tener su “encuentro” con el patriota puertorriqueño. A pesar de su juventud cronológica, señala Bosch, Hostos era entonces “grave como un anciano”.⁷ El adjetivo empleado por Bosch no es despreciable: transmite el sentido de sabiduría, de profundidad, de circunspección.

Leyendo a Hostos, Bosch “encontró” una parte fundamental de sus propios “inicios”. Así “descubrió”, como diría Borges, ese destino que llevaba dentro y que inevitablemente debía acatar. Describiéndolo (o, ¿por qué no?, escribiéndolo), Bosch, como si estuviera frente a un espejo, transmitió la imagen que de sí quería construirse. Así también se construyó el destino que se quería forjar.

⁷ Hostos, p. 11.

Judas, ¿traidor o calumniado?

“En literatura,..., lo más importante nunca debe ser nombrado.”

Ricardo Piglia, *Respiración artificial*

Mientras que en los años treinta Juan Bosch escribió una obra sobre Hostos —para él, el intelectual arquetípico—, en la década siguiente su interés se concentró en un personaje sorprendente, que en la tradición occidental representa la antípoda de los valores que emblematiza el maestro antillano. En los años cuarenta, Bosch se interesó en la figura de Judas, el “traidor arquetípico”, como lo calificó él mismo en el “prólogo indispensable” que escribió para la primera edición de su obra *Judas Iscariote, el calumniado*, publicada en Chile en el año 1955.

El interés de Bosch por un personaje de fama tan cuestionable como Judas no deja de resultar desconcertante. Después de todo, el resto de sus biografiados se destacan por representar valores loables y de la más profunda raigambre moral: Hostos, al intelectual que lo entrega todo por sus ideales; Bolívar, al hombre de acción que tiene que enfrentar los dilemas de una violenta conmoción social; David, el rey israelita, es el dirigente de un pueblo, el hombre de Estado, el forjador de una nación. Aunque Bosch está muy lejos de presentar estas figuras como seres angelicales, su balance final sobre cada uno de ellos es definitivamente favorable.

Mas la presencia de Judas entre sus “biografiados” es contradictoria sólo en apariencia. Precisamente, la intención de Bosch en su obra sobre el Iscariote es deshacer lo que considera un entuerto histórico, resultado de una soberana infamia. Producto de “muchos años de meditación”, *Judas Iscariote* es un intento por responder a la pregunta: “¿Cómo se originó la acusación de traidor contra Judas?”.⁸ Y su hipótesis —para cuya corroboración, adelanta Bosch, no existen “bases documentales”— es que contra Judas pesa una calumnia monumental, producto de la lucha de poder entre los seguidores de Jesús. Fenómeno éste, señala Bosch, que no es único en la historia; al respecto, menciona el caso de León Trosky, igualmente calumniado como parte de las luchas por el poder entre los herederos políticos de Lenin.

Carente de fuentes documentales para corroborar la inocencia de Judas, Bosch realiza una minuciosa lectura de los Evangelios con el propósito de detectar pistas que sugieran el origen de la calumnia contra el Iscariote. Como labor de exégesis, la tarea realizada por Bosch no deja de resultar interesante —en algunos momentos es realmente brillante—, entre otras cosas, porque se evidencia su lectura crítica de las escrituras sagradas. Confrontando los conflictos y las contradicciones de los Evangelios —abundantes por demás, como

⁸ *Judas Iscariote*, p. 9.

puede comprobar hasta su lector más casual—, e interpretando sus silencios, Bosch intenta extraer unas inferencias sobre los motivos y las acciones de los apóstoles que puedan explicar la acusación contra Judas.

En su crítica a los Evangelios, Bosch no deja de cometer errores de monta, entre los que sobresale el obviar que no fueron escritos de manera inmediata a los acontecimientos narrados en ellos. Por el contrario, la crítica moderna de los Evangelios ha concluido que primero éstos fueron narraciones orales que antecedieron por mucho a sus versiones escritas. Además, se ha cuestionado la existencia de autores individuales, y se ha postulado que las versiones escritas de los Evangelios, como suele ocurrir con todas las literaturas y las tradiciones orales, fueron producto de “autores colectivos”.⁹ Mas estas consideraciones son secundarias para el argumento central de este artículo.

Lo que pretendo destacar es que ese libro es un símil que Bosch elabora para defenderse —al menos históricamente— de las acusaciones y de los ataques de que fue objeto por sus correligionarios durante el exilio. Oblicuamente, establece un paralelismo entre los apóstoles, de donde surgió la acusación de traición en contra de Judas, y sus correligionarios. Más aún: no es casualidad que el interés de Bosch en torno a la acusación que pesa sobre Judas date de los años cuarenta, época preñada de tensiones y conflictos entre el exilio anti-trujillista.¹⁰ En efecto, fue en 1947 cuando publicó por primera vez, en la revista *Bohemia* de Cuba, tres artículos que contenían el núcleo de la argumentación de su libro.¹¹

Por medio de un sutil juego de deslizamientos de símbolos y significados, el propósito del autor es demostrar que la acusación contra Judas fue iniciada por aquellos que se lanzaron a la conquista del poder de la naciente iglesia cristiana. Visto desde una perspectiva política —lectura sobre la que el mismo autor insiste en varias ocasiones—, *Judas Iscariote, el calumniado* es una gran alegoría, en la que lo más importante no es nombrado sino literariamente sugerido. En el juego del poder, como en la literatura, parece que lo crucial tampoco se dice.

⁹ Raúl Dorra, *Profeta sin honra: Memoria y olvido en las narraciones evangélicas*, México, Siglo XXI y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1994.

¹⁰ Durante los años cuarenta, se organizaron varias expediciones con el fin de llegar a territorio dominicano e iniciar una lucha armada en contra del dictador Rafael L. Trujillo. El más conocido de estos intentos fue la “expedición de Cayo Confites”, que debía partir de Cuba. No obstante, esta expedición fracasó estrepitosamente, lo que provocó intensas disensiones entre los exiliados, sobre todo entre los que residían en Cuba, entre los que se encontraba Juan Bosch.

¹¹ *Judas*, p. 18.

David, o la alegoría del poder

“...eran símbolos y letras de su destino...”

Borges, *Historia universal de la infamia*

En una edición reciente de sus narraciones bíblicas, el novelista dominicano Marcio Veloz Maggiolo se refiere a varios autores que, hacia el final de la dictadura trujillista, se inspiraron en los textos bíblicos, al igual que él. Esos autores —alega— recurrieron a los temas bíblicos como una forma de expresar las acuciantes inquietudes sociales y políticas que sentían, y que debido a las condiciones políticas imperantes no podían expresar libremente. “Tuvimos —concluye— que decir lo nuestro casi con el ropaje de otros.”¹²

Estando en el exilio, Bosch ya había ensayado esa estrategia discursiva, como evidencia su obra *Judas Iscariote, el calumniado*, cuya versión original lo constituyeron los artículos que sobre el tema publicó en Cuba en los años cuarenta. Mas no fue ésta la única obra de Bosch inspirada en los relatos bíblicos. Si bien ha recibido poca atención, y quizás sea visto como otro texto “anómalo” dentro de la producción de Bosch, *David: Biografía de un rey* probablemente sea una de sus obras más interesantes y sugerentes. En mi opinión, es uno de sus libros más sofisticados y perspicaces. Como muchos de los escritos de Bosch, éste admite diversas lecturas. Se puede leer, obviamente, como un texto de índole religiosa, como una obra de corte biográfico y hasta como una biografía novelada. Éstas son, sin embargo, sus lecturas más patentes y superficiales. Otra lectura posible —menos obvia, quizás— es su lectura política.

Que el *David* sea un texto eminentemente político no debe sorprender; es más, esta afirmación puede sonar a lugar común ya que, a fin de cuentas, todo texto tiene algún contenido político. Pero me refiero a algo mucho más específico. Y es que esa obra, sobre todo y ante todo, es un *tratado de política*; y lo es en el sentido de que es un manual sobre la *práctica* de la política, no un tratado de teoría o de filosofía política a la manera en que lo son el *Leviatán* de Hobbes, el *Tratado sobre el gobierno civil* de Locke o el *Contrato social* de Rousseau, que son algunas de las obras fundacionales del pensamiento político moderno. A lo que me refiero es a que el *David* de Bosch es un tratado de política exactamente en el sentido en que lo es *El príncipe* de Maquiavelo, obra que funda la reflexión sobre la práctica del poder en la época moderna.

Esto no implica que Bosch obviase las dimensiones filosóficas o éticas del quehacer político. Al contrario, temprano en su “manual” o “tratado” de política señala: “los personajes que aspiran al poder o lo alcanzan sólo valen cuando salen indemnes del juicio histórico. Para los hombres de poder, el triunfo no

¹² Marcio Veloz Maggiolo, *El buen ladrón y otros textos bíblicos*, Santo Domingo, Ediciones La Trinitaria, 1998, p. 13.

está en alcanzarlo, sino en merecerlo".¹³ Esta afirmación está lejos de implicar una concepción estrictamente utilitaria del poder, basada en el aprovechamiento de la oportunidad para obtener el máximo beneficio posible. De hecho, su visión de quienes merecen el poder recuerda la concepción del gobernante-filósofo; así, en David convergían dos rasgos sobresalientes: el de ser un "hombre de acción y el [de] poeta". Fue "la suma de estas dos personalidades" —que producía una "naturaleza equilibrada", compuesta por "sus facultades paralelas de hombre de acción y de ensueño"— la que hizo de él "un caudillo excepcional". No obstante, añade Bosch, sería su "don de poeta" lo que "le abriría la puerta de la historia".¹⁴ Nuevamente, a través de su biografiado, Bosch establecía aquellos rasgos que lo definían a sí mismo ya que, al igual que David, el dominio de la palabra hacía de Bosch un "hombre de ensueño"; semejante al rey israelita, a él también la palabra le abrió "la puerta de la historia". (Como puertorriqueño, no puedo dejar de pensar en el joven Luis Muñoz Marín, quien tuvo veleidades poéticas, y que en una famosa entrevista, mucho antes de llegar al poder, se refirió a la necesidad de un poeta-gobernante. En propiedad, se presagiaba a sí mismo.)

Otro aspecto a destacar de este texto es su noción sobre los procesos históricos, de manera particular su creencia en la existencia de unos "elegidos". David, fue, por supuesto, "del escaso número de los que la historia elige"; fue —insiste más adelante— "un favorito de la historia, formado por ella para que le fuera útil".¹⁵ "Durante los primeros treinta años de su vida", David no tuvo conciencia de esa suerte de predestinación de la razón histórica, ¡igual que Bosch, quien no "descubrió" su destino sino hasta su encuentro con Hostos! Como Hegel, Bosch personifica a la historia, adjudicándole una "astucia" en virtud de la que determinados individuos actúan cual instrumentos de ella.

Narrando la vida de David, Bosch expuso toda una concepción sobre la política, sobre el papel del individuo en la historia —en específico sobre el papel del "hombre excepcional", del "elegido"—, en torno a la construcción del Estado —cuestión sobre la cual expresa ideas muy concretas—, y sobre la relación del gobernante con la sociedad. David constituyó, para decirlo en pocas palabras, otro de sus *beginnings*, en este caso de sus inicios como "elegido de la historia" para serle útil en su fin de reconfigurar a la sociedad dominicana. El monarca israelita le sirvió como modelo de lo que ya oteaba en el horizonte, de lo que casi presentía como uno de sus destinos posibles. Su relato de la vida de David fue una alegoría a la que subyacía una palpable vocación de poder. Fue otra forma de decir lo suyo con el lenguaje de otro.

¹³ *David*, p. 45.

¹⁴ *David*, p. 82.

¹⁵ *David*, pp. 112 y 119.

Bolívar, o el laberinto de la revolución

“...lo más importante...fue lo que Bolívar no quiso decir de forma abierta...”

Juan Bosch, *Bolívar y la guerra social*

Y no se equivocó por mucho ya que Bosch llegó al poder en 1962 cuando fue electo a la Presidencia de la República Dominicana, luego de la caída de la dictadura trujillista. Sin embargo, a los pocos meses fue derrocado por un golpe militar que contó con apoyo norteamericano.¹⁶ En su nuevo periplo, Bosch fue a tener a Puerto Rico, donde escribió una obra sobre Simón Bolívar, obra que, debido a las circunstancias en que se encontraba su autor, puede resultar enigmática. No era esa, por cierto, la primera ocasión en que Bosch se ocupaba de Bolívar. En Venezuela, en los cincuenta, durante sus años de exilio, había escrito una “biografía para escolares” del Libertador.¹⁷ Pero el contexto de los sesenta era muy distinto. Entonces Bosch era un Presidente derrocado y sufría un nuevo y quizás más desgarrador exilio, el que le deparaba un futuro incierto. ¿Por qué preocuparse por biografar a Bolívar, por grande y significativa que sea su figura, en un momento en que la República Dominicana se enfrentaba a una profunda inestabilidad política? ¿Constituyó su gesto un puro devaneo intelectual, un mero ejercicio retórico para llenar las horas de incertidumbre? ¿O adquirió la figura del Libertador un significado especial dadas las condiciones personales de Bosch, que eran las del duro exilio, y las que padecía la sociedad dominicana, la que parecía acercarse a un nuevo abismo, a la profunda sima de la guerra civil?

Se ha dicho con frecuencia que no hay lectura inocente; posiblemente haya que insistir en que la escritura es igualmente “culpable”. Para comprender, en tales circunstancias, el interés de Bosch en Bolívar, hay que recalcar el carácter eminentemente político de su escritura. Por medio de ella, Bosch se planteó una y otra vez aquellas acuciantes cuestiones que surgieron en su quehacer como político, como miembro (o aspirante) a una determinada *polis*, la que resultaba elusiva las más de las veces. Su libro *Bolívar y la guerra social* no fue una excepción. En él se plantea una cuestión que marcaría su reflexión y su actuación políticas por las próximas tres décadas. Porque el tema real de esa obra *no* es la figura histórica de Bolívar; la lectura biográfica resulta ser, nuevamente, la más engañosa. Su tema verdadero es la “guerra social”: el *Bolívar*

¹⁶ Sobre esta coyuntura histórica existe una bibliografía amplia, si bien desigual en su calidad. Puedo recomendar a: Roberto Cassá, *Los doce años: Contrarrevolución y desarrollismo*, Santo Domingo, Alfa & Omega, 1986, pp. 11-239; Piero Gleijeses, *La crisis dominicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985; Abraham F. Lowenthal, *The Dominican Intervention*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1972; y José A. Moreno, *El pueblo en armas: Revolución en Santo Domingo*, Madrid, Tecnos, 1973.

¹⁷ Juan Bosch, *Bolívar: Biografía para escolares*, Caracas: Distribuidora Escolar, 1960.

de Bosch es en verdad una reflexión sobre la revolución. La figura del Libertador no fue sino la justificación, el medio retórico o el recurso literario empleado por Bosch para reflexionar sobre las implicaciones que tendría el que la caótica situación política de la República Dominicana desembocara en una revolución social.

Al respecto, resultan sugerentes los argumentos de Bosch con relación a lo que representaban, respectivamente, Bolívar y su antagonista principal, el caudillo realista José Tomás Boves. Bolívar, arguye Bosch, “pensaba y actuaba en términos de sociedad”. Boves, por su lado, “sentía y actuaba en términos de masa, y esa masa se hallaba en guerra contra la sociedad de la cual había sido parte”. Y continúa: “La masa no es la sociedad”; “la masa es siempre un enemigo oculto o abierto del Estado, es decir, de la sociedad organizada”.¹⁸ En el contexto particular de la América Latina de inicios del siglo XIX, “la masa no tenía conciencia creadora..., era un poder que destruía para igualar; pero no sabía cómo construir, ni qué construir”. En tales circunstancias, la rebelión de “la masa”, es decir, la guerra social, la revolución, sólo podía producir la destrucción de la “autoridad”, que para Bolívar (y para Bosch) significaba la “sociedad organizada civilmente en Estado”.¹⁹

Para prever lo que implicaría en Venezuela la guerra social, Bolívar contó, arguye Bosch, con un elocuente ejemplo: el de Haití. En ese país, el Libertador fue testigo de los resultados de la guerra social, protagonizada por los esclavos sublevados, la que destruyó las bases de la sociedad, comenzando con la propiedad. Luego de esa devastadora guerra social, Haití “ya nunca más volvería a ser la tierra *espléndida* [énfasis mío] de otros tiempos”. Fue esa la razón por la que, a partir de entonces, la “*espinas dorsal oculta* [énfasis mío] de la obra de Bolívar sería...impedir que la guerra social resucitara en Venezuela”.²⁰ Es decir, Bolívar trató de evitar que la guerra social destruyera totalmente las bases de la autoridad, de la propiedad y del Estado, que para Bosch es la “sociedad organizada”.²¹

A la luz de lo que he planteado, valdría la pena reflexionar sobre la concepción boschiana acerca del papel de las masas en la vida política dominicana a partir de los años sesenta. Además, su *Bolívar* contiene una concepción sobre

¹⁸ Bolívar, pp. 111-112.

¹⁹ Bolívar, p. 115.

²⁰ Bolívar, p. 152.

²¹ Estas ideas de Bosch responden a —y son congruentes con— su concepción de la necesidad de una *clase dirigente* que produjera la riqueza material y la autoridad social y política imprescindibles para el surgimiento del Estado nacional moderno. Esa discursiva “productivista”, en la que el mercado y la generación de riquezas son signos de modernidad, explica el que Bosch califique al Haití previo a la Revolución —¡al Haití de las plantaciones y la *esclavitud*!— como una “tierra espléndida”. Dichas concepciones se tradujeron, en el caso de la República Dominicana, en una añoranza por una clase burguesa que ocupara ese lugar como clase dirigente. Sobre el particular, ver mi ensayo “Para contar la nación”.

la revolución, la “guerra social”, que es una pieza clave para interpretar el pensamiento y la actuación política de Bosch a partir de entonces. Si se acepta la propuesta que he hecho sobre las biografías escritas por Bosch —es decir, que fueron medios retóricos para plantear sus inquietudes y sus posiciones—, resulta entonces que su obra sobre el Libertador fue una manera de explicar por qué se debía evitar que en la República Dominicana se desatara esa conflagración de “ferocidad suma” que era la guerra social.

Oteando el espejo de la historia, Bosch se vio a sí mismo en la figura de Bolívar. Incomprendido por sus contemporáneos, concluye Bosch, Bolívar vivió en una “terrible soledad”.²² El escritor y político dominicano también vivió el laberinto de la soledad: pagó con el derrocamiento y el exilio la incompreensión de quienes no entendieron (o no quisieron entender) que las acciones de Bosch tenían su propia “espinas dorsal oculta”. Pero eso fue algo que él, ni entonces ni después, tampoco “quiso decir de forma abierta”. Por eso recurrió a Bolívar: para, nuevamente, decir lo suyo con el ropaje, las palabras y la identidad de otro.

Coda: biografía, memoria, genealogía

Considerado como una especie de género historiográfico menor e, incluso, de una suerte de género literario, la historiografía académica de las últimas décadas tendió a menospreciar a la biografía. Centrada la historiografía en los grandes relatos de la modernidad, las historias de vidas parecían aportar poco al entendimiento de las estructuras y las fuerzas históricas que habrían de generar ese futuro de luces en el que imperarían la libertad, la justicia y la razón. En esos metarrelatos épicos, el individuo se perdía en la multitud compuesta por la clase social, la nación, la etnia, el género o cualquier otro de los sujetos colectivos que constituían los “héroes” de esas narrativas. Y, sin embargo, solapada, escondida en los telones de fondo del escenario, la biografía insistía en ocupar algún lugar, por pequeñísimo que fuese, en los “cuentos de la historia”. Para algunos, ella era la manera de vincular lo personal con lo colectivo; para otros, era sencillamente la forma de dar cuenta de una determinada existencia que, por alguna recóndita razón, se consideraba que valía la pena recordar y hasta emular.²³

²² *Bolívar*, p. 200.

²³ Si bien en la historiografía de las últimas décadas lo biográfico ocupó un lugar muy marginal, ello no implicó su desaparición absoluta. Hubo, eso sí, escaso interés en los “grandes personajes” y un mayor énfasis en los personajes comunes, en los “tipos” que representaban o emblematicaban a sectores, clases o grupos sociales. Esto se evidencia en obras como la de Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*, New York, Penguin Books, 1982; y la de Natalie Zemon Davies, *The Return of Martin Guerre*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983. En los años recientes, como parte de la “vuelta a la narración” en el campo de la historia, ha renacido el interés en la biografía y los géneros afines. Al respecto, ver: Peter Burke, “History of Events and the Revival of Narrative”, en: *New Perspectives on Historical Writing*, ed. por Peter Burke, University

En la escritura de Juan Bosch, el género biográfico ocupa un lugar prominente. Pero, sobre todo, ocupa un lugar definido dentro del espectro de géneros en los que incursionó: fue su forma particular de plantearse introspectivamente los dilemas políticos que confrontó a lo largo de su carrera. En tal sentido, la biografía posee para Bosch una dimensión epistemológica al igual que un aspecto ético, vinculados ambos a una postura autorreflexiva en torno a sus posiciones políticas. Pero, también, la biografía posee para él un rasgo eminentemente *genealógico* en la medida en que a través de sus "biografiados" Bosch establece su ascendencia ideológica y política. Así, en la figura de Hostos se ve a sí mismo como un intelectual de profundas convicciones éticas y de un desprendimiento absoluto hacia la causa que hace suya; en Judas, al inocente que, en aras de esa causa, calla las injurias de que ha sido objeto; en David se proyecta como un "elegido de la historia" para realizar la hercúlea tarea de dirigir a su pueblo y de reconstruir su nación; y a través de Bolívar se (auto)-justifica por la postura que asume —aparentemente de oposición— ante la posibilidad de que en la República Dominicana se desarrollara una cruenta "guerra social" que pusiera en peligro la integración de las diferentes clases sociales a un mismo proyecto nacional en el que prevalecieran el orden y la autoridad.

Pero, si Bosch se ve reflejado en sus biografiados, resulta que el conjunto de las biografías escritas por él son —posiblemente, ante todo y sobre todo— una especie de autobiografía. Para él, la biografía fue una forma de memoria; incluso fue una forma de memoria del poder, al menos de la genealogía del poder al que aspiraba. Ellas muestran, en efecto, una poderosa voluntad de dirigir, una decidida vocación de mando, capaz, no obstante, de sostener sus posiciones desde principios que pueden trascender la escueta factualidad del poder. Por eso, hoy, irrespectivamente de sus aciertos o desaciertos históricos y políticos, podemos leerlas como testimonios de ese vínculo indisoluble entre el saber y el poder, de la inequívoca relación entre la epistemología y la ética.

Pedro L. San Miguel
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras